

La Homeopatía pues se presenta como una doctrina  
médica muy sencilla, proclamando la unidad entre los prin-  
cipios y los procedimientos, y formando un conjunto inde-  
pendiente que rehúsa completamente toda asociación con  
la heroica doctrina de la antigua escuela.

(\*) Algunas vez se aconseja, exponiendo la constante aplicación en  
la escuela en enfermedades agudas, en algunas de las que crece pronto  
trémula, y otras hacer ligeras descargas eléctricas en las partes pero el  
tiempo y la experiencia me ha enseñado la inutilidad de estos medios, por eso  
declaro inútil, inútil y despreciable. Como en algunas veces puede ser pro-  
porcionado a estas enfermedades, y la Homeopatía se ha perfeccionado hasta el punto de no  
necesitar esas ni otras auxilios, tanto de dentro como de fuera, para curar, por  
tanto de recurrir a ellos, ni a nada más, habiendo observado algunas veces en una  
un solo paciente para curarlo en la práctica las procedimientos homeopáticos  
con la Homeopatía.

uno de estos sistemas y formas, sino que de cada uno de ellos  
de por sí produciendo un efecto que se suma al efecto de  
autor una multitud de enfermedades producidas, a pesar de que  
ninguna utilidad prestaban a los enfermos, hasta que otro  
nuevo sistema, casi con el precedente,

### INTRODUCCION.

lo para olvidar del todo, llevándose en pos de sí el favor y la  
parranda pública. Pero ninguno de estos sistemas se halla  
la en armonía con la naturaleza ni la experiencia: todos eran  
un tejido de sutilezas fundadas en ilusiones, consecuencias, in-  
útiles para servir ni curar los enfermos, pero muy a propósito

#### BREVE RESEÑA DE LOS METODOS ALOPATICO Y PALIATIVO DE LAS ESCUELAS QUE HASTA AHORA HAN DOMINADO EN MEDICINA.

Desde el origen de la raza humana, han estado los hombres expuestos, ya colectiva, ya individualmente, á la influencia de causas morbíficas, físicas y morales. En los tiempos primitivos de la humanidad, un pequeño número de remedios eran suficientes para destruir ó modificar la acción de aquellas causas y sus efectos en el hombre; porque la misma sencillez del método de vida, daba lugar solamente al desarrollo de muy pocas enfermedades. Los progresos de la civilización fuéron luego aumentando las causas morbíficas, y haciendo también sentir la necesidad de buscar auxilios contra ellas. Desde entonces, es decir, desde la época de Hipócrates, dos mil quinientos años há, muchos hombres se han dedicado á tratar las enfermedades, cada dia mas multiplicadas, inventando, mas bien que buscando, remedios que oponerlas. De aquí han resultado esa multitud de doctrinas acerca de la naturaleza de las enfermedades y de sus remedios, creándose sistemas en contradicción abierta los unos con los otros, y muchos consigo mismo. Cada

uno de estos sistemas y teorías sutiles, que admiraban al mundo por su profundidad incomprensible, atraía al rededor de su autor una multitud de entusiastas prosélitos, á pesar de que ninguna utilidad prestaban á los enfermos, hasta que otro nuevo sistema, casi siempre en oposicion con el precedente, lo hacia olvidar del todo, llevándose en pos de sí el favor y la benevolencia pública. Pero ninguno de estos sistemas se hallaba en armonía con la naturaleza ni la experiencia: todos eran un tegido de sutilezas fundadas en ilusorias consecuencias, inútiles para aliviar ni curar los enfermos, pero muy á propósito para servir de alimento á eruditas aunque vanas discusiones.

Independientemente de estas teorías, pero acompañándolas en la práctica, se fué creando un método, que consiste en administrar y aplicar diferentes mezclas de medicamentos desconocidos á distintas clases de enfermedades arbitrariamente admitidas, en contradiccion siempre con la naturaleza y la experiencia, y por consiguiente sin resultado ventajoso. A esta antigua medicina, pues, es á la que llamamos alopátia.

Apreciando los servicios que un gran número de médicos han prestado á las ciencias auxiliares del arte de curar, á la física, á la química, á la historia natural, en sus diferentes ramos, y á la del hombre en particular, la antropología, la fisiológica, la anatomía, etc.; me ocuparé solamente de la parte práctica de la medicina, para desmostrar la imperfeccion con que hasta ahora se han tratado las enfermedades. Mi objeto es muy superior á esta rutina mecánica, que juega impunemente con la vida de los hombres, tomando por guía catálogos de recetas, cuyo número, cada dia mas grande, prueba completamente su ineficacia. Dejé esto á la plebe médica, para ocuparme solamente de la medicina reinante, que ha llegado á creer que su antigüedad la imprime el carácter de ciencia.

Esta medicina antigua se ha persuadido de ser la única que merece el titulo de racional, porque es, segun ella dice, la única tambien que sabe buscar, conocer y separar la causa de las enfermedades, y la que exclusivamente sigue el impulso de la naturaleza en el tratamiento de los males que aquejan al género humano.

*Tolle causam!* esclama sin cesar; pero no pasa nunca de esa estéril exclamacion. Figúrase poder hallar la causa de la enfermedad; pero en realidad no la encuentra jamás, porque no pudiendo, como no puede conocerla, mal puede encontrarla. En efecto, como la mayor parte, por no decir todas las enfermedades, son de origen y naturaleza dinámica, su causa nos es desconocida. Por eso la medicina antigua, queriendo dar razon de lo que la era desconocido, se veia en la necesidad de inventarlo. Comparando por una parte el estado normal de los órganos internos del cuerpo humano despues de la muerte (anatomía), con las alteraciones apreciables que estas mismas partes presentan en las personas muertas de enfermedades (anatomía patológica); y por otra las funciones del cuerpo vivo (fisiología), con las alteraciones que se observan en los diferentes estados morbosos (semeiótica), y deduciendo conclusiones relativas á la manera visible con que tienen lugar los cambios en el interior del hombre enfermo; llegábase á formar una imágen ilusoria y fantástica, haciendo á la enfermedad la causa primordial de ella misma (1), sin considerar

(1) Mas conforme á la razon y á la sana filosofía hubiera sido su conducta, si para tratar una enfermedad, hubiesen inquirido la causa ocasional próxima ó remota, y despues de haber confirmado con la experiencia un plan de tratamiento en las enfermedades dependientes de una misma causa ocasional, hubieran podido despues aplicarlo con buen resultado á otras de igual origen; así como, v. g., el mercurio, que conviniendo á las úlceras venéreas, es apropiado tambien á las úlceras del glande, aunque no procedan de un coito impuro. Si

que es repugnante al buen sentido tener como causa de una cosa á la cosa misma. Siendo esto así, ¿cómo pretendia, como no fuera engañándose á sí misma, hacer de esta esencia desconocida un objeto de curacion, prescribiendo contra ella medicamentos cuya virtud curativa, al menos en el mayor número, era desconocida tambien, y acumular muchas de estas sustancias en lo que llaman fórmulas?

El plan sublime de encontrar *à priori* la causa interna é invisible de la enfermedad, estaba reducido, al menos por los mas célebres médicos de la antigua escuela, á buscar atentamente aquello que podia presumirse que era el carácter genérico de la enfermedad; pero en realidad tomaban por base los síntomas mismos (1). Pretendíase inquirir si era el espasmo, la debilidad ó la parálisis, la fiebre ó la inflamacion, la induccion ó la obstruccion de tal ó cual órgano ó aparato; el defecto ó exceso de oxígeno, de carbono, de hidrógeno ó de azoe en los humores; la exaltacion ó disminucion de la contractilidad del sistema arterial, venoso ó capilar; un desequilibrio en

hubieran comprendido que todas las enfermedades crónicas no venéreas reconocen por causa predisponente, y en algunas circunstancias ocasional, la infeccion antigua ó reciente del miasma psórico, y hubiesen encontrado luego un método curativo comun, modificado solamente por consideraciones terapéuticas relativas á cada caso particular, que les permitiera curarlas todas; entonces hubieran podido afirmar que conocian la causa de las enfermedades crónicas no venéreas, y que esta causa era muy atendible para tratarlas con buen resultado. Pero como no ha sido así, y los médicos hasta hoy no han sospechado la existencia del miasma psórico, cuyo descubrimiento pertenece á la Homeopatía, claro es que no han podido curar las innumerables afecciones crónicas que afligen al género humano. Sin embargo, lisonjéanse de ser los únicos que poseen un tratamiento racional dirigido contra la causa primera de las enfermedades, sin sospechar siquiera que todas proceden de un origen psórico, y que no pueden curarse con sus medios de tratamiento.

(1) El médico que trata las enfermedades por sus caracteres generales, no puede llamarse homeópata, pues no es mas que un alópata generalizador, porque es imposible concebir la Homeopatía sin la mas absoluta individualizacion.

las proporciones relativas de los agentes de la sensibilidad, de la irritabilidad ó de la nutricion: y estas congeturas, condecoradas por la escuela con tan diferentes y pomposas denominaciones, segun la causa que á cada enfermedad se atribuia, eran tenidas como la única racionalidad posible en medicina; pero en la práctica eran demasiado hipotéticas y falaces para servir de utilidad alguna á los enfermos. Incapaces de arrojar luz alguna sobre el remedio mas adecuado para este ó el otro caso determinado, lisonjaban grandemente el amor propio del que, á fuerza de sutilezas metafísicas, las habia dado á luz; pero en su aplicacion práctica, no solo eran estériles, sino que inducian en graves errores al que trataba de obrar con arreglo á ellas. Por ostentacion de lujo erudito, mas bien que por conviccion ó esperanza de alcanzar con ellas la verdadera indicacion curativa, se han entregado muchos médicos célebres á fundar teorías y á establecer hipótesis.

¿Cuántas veces no sucedia que el espasmo ó la parálisis parecia que se apoderaban de una parte del organismo, mientras que la inflamacion era ostensiblemente dueña de otra?

¿Cuáles eran los remedios que debian emplearse contra cada uno de estos opuestos caracteres generales? Solamente los específicos, es decir, aquellos cuyos efectos fuesen análogos á la forma morbífica (1). Pero la escuela antigua los desechaba como peligrosos (2), porque habia en efecto demostrado la experiencia, que las dosis elevadas, cuyo uso habia sancionado el tiempo, comprometian la vida en aquellas enfermedades, que por su semejanza con los síntomas que el medicamento produ-

(1) Llamados hoy homeopáticos.

(2) En los casos en que la naturaleza habia dado á conocer la virtud curativa de los medicamentos obrando de una manera homeopática, la antigua escuela, que no podia esplicar esto, declaraba *especificos* á estos agentes; y esta palabra, que hablando con propiedad, carecia completamente de sentido, dispensaba

cia, daban ocasion á producir otra enfermedad homogénea. Por esto decia, que no se podia ni debia curar por la via directa y mas natural, cual es la de emplear remedios específicos, puesto que la mayor parte de los efectos producidos por los medicamentos quedaban desconocidos; y aunque así no fuese, porque nunca se podria con semejante costumbre de generalizar, llegar á conocer con exactitud la sustancia que debia emplearse.

Sin embargo, como la antigua escuela comprendia bien, que mejor es seguir el camino recto que estraviarse en senderos mal conocidos, todavía abrigaba la pretension de curar las enfermedades directamente, eliminando su pretendida causa material. Y como la era imposible renunciar á estas ideas groseras, hacia una imágen de enfermedad, ó figurábase descubrir indicaciones curativas, por mas que no le fuera posible reconocer la naturaleza, á un tiempo espiritual y material, del organismo, en sus alteraciones vitales y sensitivas, que es lo que constituye las enfermedades, resultado único de las modificaciones dinámicas.

En resumen, la escuela alopática suponía á la materia alterada por la enfermedad, ya estuviese en el interior del organismo, ya fuese arrojada al exterior, como la causa productora de la enfermedad misma, ó al menos, la que, en virtud de su pretendida reaccion, la sostenia. Esta última opinion es la que hoy domina en la escuela.

Fundada en esta razon, hacia todos los esfuerzos posibles para espulsar del cuerpo enfermo las que ella suponía ser las causas materiales, porque así se figuraba que producía se-

reflexionar ni buscar la razon de por qué y cómo; estos medicamentos curaban. Mucho tiempo hace que estos estimulantes homogéneos, alterantes ó específicos, es decir, homeopáticos, se los mira con prevencion por la antigua medicina, porque ejercen una influencia estremadamente peligrosa. (Rau, Uber d. homeopath. Heilberf. Heidelberg. 1824 p. 101, 102).

gura curacion, obrando sobre las causas. De aquí su prescripcion de hacer vomitar, con el objeto de evacuar la bilis, causa de las fiebres biliosas (1); su método de administrar vomitivos en las afecciones del estómago (2); su conato en espeler la pituita y los vermes indicados en la palidez de la cara, en la

(1) Rau, cuando no estaba perfectamente instruido de la Homeopatía, pero que abrigaba la conviccion profunda del carácter dinámico de la causa de estas calenturas, las curaba con una ó dos dosis muy pequeñas de un medicamento homeopático, sin administrar ningun evacuante, de lo cual cita dos casos muy concluyentes. (Rau, Uber d. homeopath. Heilberf. Heidelberg. 1824, p. 176).

(2) En una afeccion gástrica, que se presenta de una manera repentina con eruptos continuos de alimentos indigestos, y generalmente con abatimiento moral, frió en los piés y en las manos, etc., la medicina ordinaria solo se ocupa de lo contenido en el estómago. Segun ella, debe administrarse un fuerte vomitivo para procurar la espulsion de las materias alteradas. Las mas veces se cumple esta indicacion por medio del tártaro estibiado, mezclado ó no con la ipepacuana. Pero, ¿recobra el enfermo la salud despues de haber vomitado? No. Estas afecciones gástricas, de origen dinámico, ordinariamente derivan de alguna revolucion moral (contrariedad, disgusto, espanto), de un enfriamiento, de un trabajo mental ó corporal, al cual uno se ha entregado despues de haber comido. El emético y la ipepacuana no son propios para hacer cesar este desacuerdo dinámico, y mucho menos con el vómito revolucionario que determinan. Además, los síntomas morbosos particulares, son una ofensa mas á la salud, y la secrecion biliar se resiente de este desórden; de manera, que si el enfermo no es de una constitucion muy robusta, debe resentirse por muchos dias de este tratamiento, dirigido contra la pretendida causa, por mas que se haya espulsado de un modo violento lo contenido en el estómago. Pero, si en lugar de estos evacuantes, que tantos perjuicios acarrear, se hace tomar al enfermo una sola vez un glóbulo de azúcar, del volumen de un grano de mostaza, embebido del jugo muy dilatado de *pulsátilla*, la que infaliblemente devuelve el órden y la armonía á la economía entera y en el estómago en particular, se encontrará curado al cabo de dos horas. Si hay todavía algunos eruptos, son únicamente de gases sin sabor ni olor; lo contenido en el estómago no está ya alterado, y á la próxima comida el sugeto ha recobrado su apetito habitual, y se halla en perfecta salud. Hé aquí lo que debe llamarse una verdadera curacion, que ha destruido la causa. La otra no tiene este título, sino por usurpacion; no hace mas que fatigar al enfermo y perjudicarlo.

Los medicamentos vomitivos jamás convienen á un estómago lleno de alimen-

bulimia, en los retortijones y abultamiento de vientre en los niños (1); su costumbre de sangrar en las hemorragias (2), y principalmente la importancia que dá á las emisiones sangui-

tos, aunque sean de difícil digestion. En este caso, la naturaleza sabe desembarazarse completamente por vómitos espontáneos, que ella misma escita, y que cuando mas, pueden ayudarse con titilaciones mecánicas, ejercidas en el velo del paladar y en la garganta. Así se evitan los efectos accesorios que resultarían de la accion de los vomitivos, y una corta cantidad de infusion de café basta entonces para hacer pasar á los intestinos las materias que aun quedaban en el estómago. Pero si despues de haberse llenado otra vez el estómago no retuviese el alimento, ó si habiendo perdido la irritabilidad necesaria para la manifestacion del vómito espontáneo, y si el enfermo atormentado de vivos dolores en el epigastrio, no experimentase el menor deseo de provocar; en esta parálisis de la víscera gástrica, el efecto del vomitivo sería determinar una inflamacion peligrosa, ó mortal, de las vías digestivas, al paso que una infusion de café, dada á muy cortas y repetidas dosis, reanimaría dinámicamente la debilitada escitabilidad del estómago, y le pondría en estado de espulsar por sí solo por arriba ó por abajo, los materiales contenidos en su interior, por grande que fuese la cantidad. Equivócanse tambien en esto los médicos ordinarios, queriendo dirigir el tratamiento contra la causa.

Cuando el ácido gástrico es muy abundante y refluye á la boca, lo que no es raro, la práctica hasta hoy admitida, aun en las enfermedades crónicas, exige la administracion de un vomitivo para desembarazar el estómago. Pero al día siguiente, ó algunos días despues, la víscera contiene otro tanto, si no mas, de los mismos materiales que poco antes se habian expulsado. Las accedías ceden al contrario por sí mismas, cuando se ataca su causa dinámica con una muy corta dosis de ácido sulfúrico muy dilatado, ó mejor aun, de un remedio antipsórico, homeopático á los demás síntomas.

Así es como en muchos tratamientos, que segun la escuela antigua se dirigen contra la causa morbífica, su objeto favorito es espeler con dificultad y con detrimento del enfermo el producto material del desacuerdo dinámico, sin indagar en lo mas mínimo el origen dinámico del mal, y todo lo que de él dimanaba, para combatirlo homeopáticamente, y tratar de este modo las enfermedades de un modo racional.

(1) Síntomas que dependen únicamente de un miasma psórico, y que ceden fácilmente á los antipsóricos (dinámicos), sin vomitivos, ni purgantes.

(2) Aunque casi todas las hemorragias morbosas dependen únicamente de un desacuerdo dinámico de la fuerza vital, sin embargo, la escuela antigua les señala como causa la superabundancia de sangre, y no puede dejar de prescribir

neas de toda especie, como la principal indicacion que hay que llenar en las inflamaciones (1). Obrando de esta manera, cree obedecer á las verdaderas indicaciones, deducidas de la causa, y tratar las enfermedades de un modo racional. Tambien se

sangrias para desembarazar al cuerpo de esta supuesta plenitud. Las consecuencias fatales que de ello resultan, la falta de fuerzas y la tendencia, ó aun la transmision al tífus, las coloca en la misma enfermedad, de la cual entonces no puede triunfar. En una palabra, cuando el enfermo no mejora, cree, que con haberse conducido en conformidad al adagio «*causam tolle*» ha cumplido, hablando en su lenguaje, con todo cuanto podia hacerse, sin tener que arrepentirse del procedimiento.

(1) Aunque no haya ni una sola gota de sangre de mas en el cuerpo humano vivo, no por esto la escuela antigua deja de considerar la plétora y la superabundancia de sangre como la causa material principal de las inflamaciones, que debe combatir con sangrias, ventosas escarificadas y sanguijuelas. A esto, pues, es lo que llama ella obrar de un modo racional, y dirigir el tratamiento contra la causa. En las fiebres inflamatorias generales, y en las pleuresías agudas, considera la linfa coagulable, que existe en la sangre, ó lo que se llama costra, como la *materia pecante*, y se esfuerza cuanto le es posible por hacerla salir por medio de reiteradas sangrias, por mas que dicha costra se vuelve mas espesa y mas densa á cada nueva emision de sangre. Si la fiebre inflamatoria no quiere ceder, derrama sangre hasta el punto de matar al enfermo, con el fin de hacer desaparecer la costra, ó la supuesta plétora, sin sospechar siquiera que la sangre inflamada no es mas que un producto de la fiebre aguda, de la irritacion inflamatoria morbosa, imaterial ó dinámica, y que esta última es la única causa del gran trastorno que tiene lugar en el sistema vascular, y que se puede destruir con una dosis mínima de un remedio homeopático; por ejemplo, con un glóbulo de azúcar embebido de jugo de acónito al decillonésimo grado de dilucion, evitando los ácidos vegetales; de tal suerte, que la fiebre pleurítica mas violenta, con todos los síntomas alarmantes que la acompañan, se cura completamente en el espacio de veinte y cuatro horas, cuando mas, sin ninguna emision sanguínea, sin ningun antiflogístico; de modo que si se saca un poco de sangre de la vena para hacer una prueba, no se cubre ya de costra inflamatoria, mientras que otro enfermo, en un todo semejante, que haya sido tratado segun el pretendido método racional de la escuela antigua, si se escapa de la muerte despues de copiosas sangrias y de crueles sufrimientos, padece muy comunmente meses enteros, enflaquecido y agotadas sus fuerzas, antes de poderse tener en pié, y aun en muchos casos sucumbe á consecuencia de una fiebre tifoidea, de